

EL AMOR

—¿Qué es eso, José, por quién lleva usted luto?
—¿Qué, no lo sabe usted? Hace dos meses que se murió la de casa.

—Hombre, lo siento.

—Yo también lo he sentido mucho.

—Ya lo creo.

—Pero verá usted. La vida y la muerte, Dios las tiene, y le había llegado su hora. El consuelo que tengo es que se hizo con ella lo que se supo, y no se le escasearon medicinas. Hasta médico tuvo.

—¿Qué me dice usted?

—Sí, señor. El la llevó hasta su última hora.

—Gran trastorno ha debido ser para usted.

—¡Qué se le va á hacer! Pero cumplí su voluntad, y estoy tranquilo.

—¿Qué voluntad?

—La de volverme á casar.

—¿Ya se he casado usted otra vez?

—Sí, señor. Por voluntad de la difunta. Antes de acabar, la pobre me llamó y me dijo:

«—Mira, José: yo me moriré hoy ó mañana. Tú te quedarás solo. Andarás mal comido y mal cosido. Tú necesitas casarte en cuanto yo falte...

—No lo creas—le contesté.

—Sí: tú necesitas casarte. Ya estás acostumbrado y lo echarías de menos.

—No lo creas, mujer—le decía yo para consolarla.

—Déjame hablar—replicó ella.—Ya que has de hacerlo, es mi voluntad que te cases con la Carmeta. Es muy buena, muy trabajadora, muy bien enseñada, y mira mucho por la casa. Prométeme, antes de irme, que te casarás con la Carmeta.

—Si es tu voluntad...

—Sí que lo es.

—Entonces, muere tranquila—le dije—. Y vele ahí.

—¿Qué quiere decir vele ahí?

—Quiere decir que fui á buscar á la Carmeta y le hablé de esta manera:

«Mira, Carmeta: con la difunta hemos tenido esta conversación. Me pidió, al pie del sepulcro, que me case contigo en seguida, porque tú eres trabajadora, miras por la casa y me convienes. Yo no tengo empeño en casarme, pero esta es la voluntad de la difunta. ¿Quieres tú cumplir la voluntad de la difunta?».

—¡Bravo! ¿Y qué dijo?

—Cumplió la voluntad de la difunta.

—¡Muy bien! Pero, escuche. ¿Ya quería usted á la de ahora?

—¡Ay, ay! ¿Es que hay que quererse para casarse? Eso viene después. Ahora es la de casa, y no va uno á querer á otra que á la propia. Ella es el ama, ella manda, lleva la casa, me cuida... ¿Quiere usted más querer?

—Pero, ¿es que aquí en el pueblo no se enamoran ustedes?

—¿Quiere usted decir si tenemos relaciones?

—No sé como decirlo. Quiero decir si antes de casarse no se dicen ustedes si se quieren...

—¡Eso viene después!

—¡Después! ¡Todo viene después en este pueblo. Quiero decir si no dan algún beso á la novia, si no le dicen cosas al oído, si no la abrazan, si no le dan conversación...

—¡Basta! Eso lo hacemos con las que no son para casarse, por aprender. Con esas ya se hace algunas veces eso de besar y abrazar; pero no conviene que sean muchas.

—¿Y por qué?

—Porque muchas veces resulta que hay que casarse por fuerza, y eso de casarse ha de ser una cosa que ha de venir de buen grado.

—¿Y qué entiende usted por buen grado?

—Que ella traiga un pasar: si puede ser en tierras, mejor; que haya buenas capitulaciones; que sea ahorradora; que tenga salud y que no tenga demasiado apetito.

—¿Hasta lo del comer miran ustedes?

—¡Dios nos dé el hambre con medida! ¿Qué adelantariamos con tener demasiada gana, si nos faltase patrimonio? El hombre ha de llevar la comida, la mujer la cena, y los hijos ayudarnos cuando llegue la hora.

—¿Tiene usted muchos hijos?

—De ésta, ninguno.

—Hombre, ya me lo figuro. Quiero decir, de la otra.

—De la muerta tengo ocho vivos y cinco en el cielo. Se portó muy bien la difunta. Nunca descansó de tenerlos. Todos los años, en llegando Febrero, como quien no quiere la cosa, echaba uno al mundo. Era muy buena criadora, y, menos los que se han muerto, todos están buenos y todos viven y crecen á cual más. Le digo que era una mujer de empuje.

—¿Quería usted más á aquélla que á ésta?

—Es igual. Con las dos estoy casado. Aquélla llevaba más tiempo, y entendía más el aire; pero ésta me ha salido muy pasadera.

—¿Qué, ya?...

—Creo que sí.

—¡Pues hasta trece, compañero!...

—Dios dirá. Los hombres en eso estamos de más.

—No tanto.

—Todos llevamos la suerte escrita. Yo no sé de letra, pero ya lo sabe la suerte por mí. Ella escri-

be, escribe, y ya nos manda á decir lo que más nos conviene. El caso ha de ser levantar la casa. Con la primera levanté un piso; con cuatro cuarticos que ésta tiene haré el granero: yo pongo los cimientos, y así van subiendo las familias.

—Dios le dé muchos pisos.

—Amén.

—¿Es decir, que se volvería usted á casar?

—¿Y qué había de hacer? ¿Con qué quiere usted que matemos el tiempo en el pueblo? ¿No ve usted que las veladas son tan largas?

—¡Ay! ¡Sí que lo son!

—Desde las cinco que oscurece en el invierno, hasta las ocho que se va uno á la cama, ¿qué se ha de hacer más que jugar á tener familia, y oírlos gritar, y darles algún cachete, y hacerles comiditas, y verles ir creciendo lo mismo que matas de judías?

—Habla usted muy en razón, José.

—Siempre hablo así. Yo también hice algo de aquello de abrazos, y de darnos algún pellizco, y, mal me está decirlo, hasta algún beso de más y cuatro cachetes bien dados; pero eso son historias de poco sentido y poco provecho y mucho gasto. Cuando quise pararme y plantar casa de casado, me dije:—Entérate, José, infórmate, y, una vez seguro de lo que pides, pide, y vengan capitulaciones. Hice la demanda de palabra, y, tomados también los informes por lo que toca á un servidor, también los encontraron buenos: y hablé con

ella de los informes y de cuatro cositas más, y nos bendijeron por la iglesia.

—Bien benditos seáis.

—Sí que lo fuimos, y por muchos años. En cuanto á la de ahora, me ahorré muchos pasos, porque, como le he dicho, los informes y demás me los había dado la difunta.

—¿La voluntad de la difunta?

—Sí, señor; la voluntad de la difunta.

—¿Y es usted feliz?

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que si viven ustedes en santa paz.

—Como debemos vivir.

—Y ¿todos se casan así en el pueblo?

—Los bien casados, sí, señor. Algunos hay que se casan, por un paso mal dado, en el tiempo del calor y de la siega. Hasta hace años hubo uno que no se casó más que por lo civil; pero esos no levantan la pared derecha: no tienen más que un hijo, y ese de prisa, y después uno labra en un campo y el otro cosecha en el otro. Los casados con calma y con mandamientos, siempre miran si ponen los pies en tierra. Qué, ¿no es conforme lo que digo?

—¡Ya lo creo que es conforme!

—¡Somos así en el pueblo! Aquí que no nos vengan con quebraderos de cabeza de civiles: los padres nos han enseñado así, y los abuelos á los padres, y á los abuelos los más abuelos. Siempre ha sido, es y será, que el hombre busque com-

pañera, y que si la pierde busque otra. Qué, ¿no acierto?

—¡Y mucho!

—Entonces, dispense.

—Vaya, váyase, que hoy le he hecho hablar mucho.

—Es mucha verdad. Años hacía que no había tenido tanta conversación.

—Vaya á ver á la señora, que están ustedes en luna de miel.

—¿En luna de qué?

—En luna nueva.

—¡Ah, sí, señor! Ahora es el tiempo.

—Pues á aprovechar el buen tiempo. Quiero decirle el buen tiempo de la de casa, de la propia, de la mujer.

—¡Uii! ¡Harto durará la mujer! Con ésta tengo para toda la vida.

EL JUEGO

No había duda de que en el pueblo estaba prohibido el jugar; pero de que se jugaba, aún había menos duda.

Me sabe muy mal denunciarlo; pero es tan cierto que se jugaba, como que estaba prohibido.

Pero pregunto: ¿qué había de hacer aquella buena gente para distraerse? Los que sentían vocación para el vicio, ¿cómo podían ejercitarle sino jugando? Los aficionados á emociones, ¿cómo podían emocionarse sino viendo los intereses cómo iban y venían, y, sobre todo, cómo se marchaban?

Lo vuelvo á repetir: no hay duda de que se jugaba. No diré que se *crusasen* grandes cantidades, ni diré que hubiese casas fuertes; pero que había casas jugadoras era tan cierto como si lo hubiesen visto tres testigos de esos que tienen firma y crédito.

En el café de *La Esperanza* se jugaba; en la taberna de la plaza se jugaba; en la de la plazuela se

jugaba; se jugaba en el *Casino Moderado*, y se jugaba donde quiera que hubiese cartas. Y además yo no sé qué modo de jugar tenían en aquel pueblo, pero es el caso que todos perdían. Fuera del cafetero, que cuando jugaba también perdía, los demás no eran jugadores: eran perdedores; tenían el don de la negra, el acierto y el instinto de la contraria, el ojo seguro de no adivinar ni una, y la voluntad de irse á casa libres de peso y claros de bolsillo.

En el café de *La Esperanza* el juego era de más gritos y más puñetazos que pérdidas. Yo no sé á qué debían jugar; pero todos los días en una mesa del rincón se ponían el Beco y el tartanero, les llevaban unas cartas sucias y bien abarquilladas, y aún no las tenían en la mano cuando empezaba el grito, el puñetazo y el tirar las cartas encima de la mesa. «¡Arrastro! ¡Arrastro! ¡Arrastro!» gritaba el contrario, y pasaban dos ó tres horas diciendo que arrastraban, y aquella vida arrastrada costaba al que perdía el arrastre diez céntimos de cafés, diez más de copas y quince si era día de fiesta.

Más allá jugaban á otro especie de juego, que se conoce que podían hasta enfermar en él, por los nombres que dejaban escapar y las amenazas que se hacían. «¡Envido!» decía el uno. «¡Truque!» decía el otro. «¡Pues yo retruque!» «¡Pues yo tres truques y repique!» «¡Pues fuera juego!» Y cuando decían «¡fuera juego!», había una consternación tan

seria, que temblaban todas las copas, los del *arrastro* y hasta el que hacía el solitario. Verdad es que era un grito terrible. A veces, después de haberle soltado, tenía que acudir el cafetero en persona, porque era muy extraño que al soltarle no se rompiese más loza y se destrozasen más cartas que el valor de lo que jugaban.

Como se ve, en *La Esperanza* el juego era firme de accionado, pero flojo de intereses. Costaban más las cartas, los mármoles que se rajaban con aquellos puñetazos tan seguidos y el gasto de roturas de los exaltamientos imprevistos, que lo que daban á ganar y lo que se exponían á hacer perder. Allí en *La Esperanza* era el único lugar en que siempre perdía el cafetero, porque jugaban por él y jugaban á hacerle perder.

En *El Pensil* ya iba la cosa más seria. Allí tenían billar propio y todos los domingos le destapaban, y á la tarde jugaban á la treinta y una, y todos eran gente que *alternaba*, que tenía *trato* y que sabía atravesar puestas. Hasta la mesa de billar era seria. No era de esas *enclenques* que parece que hay que tirar con palillos de dientes; era una mesa de billar hecha de confianza por un aficionado del pueblo, de esas reforzadas, que lo mismo pueden servir para jugar que para pasearse por encima. Las patas eran gordas como las de un elefante; en las troneras cabían seis bolas (¡y qué bolas!), y no sé las troneras que llegaba á tener, porque toda ella estaba llena de bolsas; y res-

pecto al paño, cuando corrían las bolas, no corrían de puntillas como si llevasen alpargatas, sino que brincaban como si fuesen pisando grava. Eso sí: tenía torrentes la mesa de billar, y para jugar en ella había que conocer los derroteros y dejar caer la bola, y que ella corriese por su cuenta.

Eso los jugadores ya lo sabían, ¡buenos eran ellos!, y se aprovechaban muy á menudo. Allí estaba lo mejor del taco, y una partida de treinta y una era una sesión de academia de las letras, que acudían á mirar sentados en torno del billar todos los amigos de la casa. Cada jugador tenía su táctica. Jepet, por ejemplo, un segundo del coro, con todo y ser cargado de espaldas, cogía el taco, le enyesaba, bien enyesado, miraba los palos un ratito, y volvía á enyesarle otra vez. Entonces tiraba, y siempre hacía caer uno ú otro, ó todos, y le sobraban ó le faltaban; pero la cuestión es que él hacía tantos. En cambio, el señor Jaumet, director del coro, tenía un golpe de taco terrible: cuando hacía correr las bolas, aquello parecía una carrera de carros: las bolas botaban, saltaban por encima de los palos, y muchas veces sobre la concurrencia, que cuando le veía tirar, ya tomaba precauciones.

Juan, un bajo, ya era otra cosa: aquél tenía un tirar muy sereno; no más dejaba correr la bola, y andando: la bola que hiciese lo suyo, que ella sabía donde iba; y si no hacía treinta y una, hacía treinta y dos, que ya es bastante; y si no ganaba él la

partida, de seguro que la ganaba Noi Grande, el más firme del coro, y el más terror de la banda. Aquél sí que donde ponía el ojo, ponía la bola. Tiraba, se volvía de espaldas, diciendo: «Tantas son», y se iba á cobrar á la caja.

Eso del cobro no era siempre una cosa tan sencilla ni reposada como correspondía al pueblo. A veces, por si las bolas pegaban ó no pegaban, tenían que pasar todos los jugadores, uno á uno, mirando al trasluz de las bolas, para ver si pasaba un papel de fumar; y tanto si pasaba un papel como si un librillo, siempre acordaban que pegaban. A veces, sobre si era sucia ó limpia, si estaba pegada ó no pegada, había un griterío general, que bien se veía que eran coristas; daban tacazos sobre la mesa, rebotaban las bolas sobre los palos, y más de cuatro veces tuvieron que acudir á aquel cuadro de reglas y posiciones del *noble juego del billar* para que les aclarase el conflicto, porque lo que es los que miraban, no aclaraban ninguna duda; se exponían, aclarándolas, á recibir algo, y no estaban para quebraderos de cabeza: ellos querían bostezar á gusto y no que les hiciese sietes en la ropa, una gente que estaba tan avezada á hacerlos en el paño de la mesa.

Ya está visto que en *El Pensil*, el juego no era tan sereno como en *La Esperanza*; pero... aun estas eran bromas en cuanto á clase de juego. Donde iba de veras, y á hacer daño y á recibirlo, era en el *Centro Artesano*. Allí hasta había que ir de

noche, y con obscuridad, y con dineros, y hasta tenían vigilante en las dos puertas, que vigila que vigilarás, no dejaban la vigilancia, ni cuando jugaba el Juez, ni las autoridades del pueblo con todas las minorías.

Allí jugaban en la misma biblioteca, como en el lugar más escondido de la casa, con quinqué á propósito, de esos que no hacen daño á la vista: mesa verde con el tablero de buenas y malas, con almohadón de enfermo para el banquero, y con todos los requisitos externos é internos que aconseja la prudencia en estos casos.

El banquero, con diez duros delante, cambiados en piezas menudas, tenía el cubilete de los dados, y dando golpecitos en la mesa con la jicara de cuero—*crac-crac-crac-crac*—hacía lo que podemos decir el reclamo del jugador, y con aquellos huesecitos los llamaba é iban compareciendo como gallinas amaestradas.

Al principio nadie se arriesgaba: querían ver cómo se *daba* el juego. Probaban, consultaban la experiencia de la suerte, y arriesgaban media peseta, ganaban media; y cuando veían que había soplado tres veces el viento en la misma dirección, había uno que se calentaba de cascos y, ¡pataplám! ponía un duro.

Perdido. El banquero temblaba, pero siempre perdía el del duro.

A la otra vuelta, dos.

Van.

Cuatro.

Van.

¡Muy bien! Se habían acabado los diez duros y se los pedía al de al lado, que los había ganado poco á poco con toda su paciencia.

El de al lado del de la pérdida, también se exaltaba, los perdía y se los pedía al perdedor, que entonces ya los había vuelto á pescar; el vecino se entusiasmaba á su vez, perdía, y se los pedía al otro vecino; y así abajo, y más abajo, y vuelta siempre, al poco rato, aquellos diez duros ya habían dado dos vueltas, y al llegar á las tres, el banquero no tenía fondos, ni los jugadores tampoco, ni ninguno de la concurrencia.

Todos habían perdido; todos. ¡Mire usted que es mucho! Todos perdían en aquel pueblo, pero todos salían contentos. ¿Dónde estarían aquellos diez duros? Acaso los tendría el cafetero.

—No puede ser—decía uno—; el banquero se los había pedido prestados.

—Puede ser que ni existan. Serían de broma. Puede ser que tengamos una venda en los ojos.

—¡Qué hemos de tener venda! Señores: yo los he tenido en la mano.

—Yo también.

—Yo también.

—Yo también.

(*Aquí tantos también como jugadores.*)

—Si hoy hago juego, gano.

—Yo también, etc., etc.

—Pero ya ganaré un día ú otro.

(*El mismo juego de tambienes.*)

—Pero siempre lo digo, y... pierdo siempre.

Esta vez el «también» lo decían todos á un tiempo, y se iban á su casa todos perdiendo; pero con los mismos cuartos que trajeron.

EL CASTILLO

A GENIS MONTANER.

El castillo era el fielato.

Al ver al pie de la carretera aquella casa de fango, con paredes de madera carcomida, con aquel tejado de Robinsón casero, con aquel huertecillo sembrado de restos de *juerga*, con aquella persiana hecha de listones arrancados del jaulón de una cría de conejos, tan empolvada y tan barraca, nadie habría podido sospechar que fuese el castillo del pueblo.

Pues, sí, señor: era el castillo.

En los castillos de antaño, todo se iba en paredes fuertes, en puertas cerradas, en puentes, cuanto más levadizos mejor, en rendijas para hacer daño, en agujeros para tirar aceite hirviendo, en torres de gran *vista* y panorama, y en barbacas para *ofender*; pero hoy el castillo, en los pueblos animados de pocas almas, hoy, es el fielato.

Hoy nada de aceites hirviendo, ni saetas ni bombardas; empeños, empeños y más empeños. Hoy nada de *cataculpas*; la cataculpa, el Gran Cataculpa, es el cacique: nada de escalas de cuerda: los escalones del Gobierno civil son la brecha: nada de asaltos: los asaltos se hacen en la urna, y el que tiene las uñas más largas, asalta, cataculpea y se hace feudal del fielato.

El fielato, con los consumos que van dentro de él, era la única ambición política de los que tenían ambiciones en aquella llanura de la calma; ser portalero en jefe era el cargo más señalado y más cargado de *honrilla* en aquel desierto de vanidades; llevar del manubrio la máquina administrativa era la cruz más gran cruz Isabelada, más Carlos-terciada y, sobre todo, más pensionada.

Para sostener los honores de hacer de padre tecedor, había allí dos grandes partidos que *turnaban* en el poder: el avanzado y el reaccionario, los dos subcaciquillos, los dos subcataculpejos, los dos comités del *turno*, los compañeros de causa política, y todos los empleados desempleables de todo aquel municipio. Los avanzados querían: *primero*, los consumos para ellos; unos consumos demócratas, laicos, autónomos y sinalagmáticos; unos consumos sin intervención ni libretas del Estado; unos consumos bien liberales en el cobro y bien fraternales en el pago. Los *reaccionarios* querían también: *primero*, los consumos también para ellos, pero unos consumos de día de vigilia; unos

consumos con sus días de indulgencia espiritual, pero con el cobro temporal; unos consumos reconocidos por el Estado y por la Iglesia; unos consumos con orden; unos consumos con buenos modos, con maneras, Luis XIV; un reparto equitativo para todos y digno para el fielato. Los dos sub-caciquillos eran: el del progreso, uno que había sido *retrogrado* y que había ido avanzando poco á poco, hasta la plena libertad de cobro de consumos libre; y el otro un *demagogo* penitente que se había ido reposando por desengaños y puñaladas que le habían dado á la Idea; los de los *turnos* eran los amigos de los dos bandos, buena gente todos y razonables y serios, pero un si es no es entregados á la vagancia. Ahora, en cuanto á los empleables, á los hombres de pincho y registro, eran la rosca de la máquina, la última rueda, los infelices guarda-agujas, pobres viciosos y un poco jugadores, capaces de envilecer el mismo fielato y hacer de él un castillo de naipes.

Ya presentado el personal, todos con tanta fiereza y tan del orden del *Puntillo*, figuráos las batallas que sostendrían para tomarse y retomarse aquella invicta fortaleza. Subía el Gran Cataculpa *liberable*: limpieza, día de sábado, y fuera todos de la barraca. Bajaba éste y subía el Neo Consumos: fuera los otros, fuera el partido, fuera las libretas, fuera los recibos, fuera las cuentas, fuera los talonarios, fuera los comprobantes, fuera todo, menos la barraca; la barraca era inviolable, era el hogar

de la política, la casa paterna del sufragio, la torre del homenaje y la iglesia de *ida* y *vuelta* de los que entraban y salían.

Era fija la barraca; era un árbol cabeza abajo, con todas las raíces al aire, sostenidas por las *capas* directoras, y las ramas en tierra, aguantadas por la sumisión del pueblo; era firme, era el banco más popular, la caja de ahorros del pobre y la finca más productiva y la más ambicionada. ¿Que los hombres no se hacían viejos allí? Concedido; en cambio los tiempos que allí podían vivir eran tiempos cortos, pero felices. ¿Que estaban angustiados pensando en aquel mañana del partido? Paciencia: todo sube y baja en este mundo, y ellos, también, por firmes de *idea* que fuesen, entraban en la evolución *perenne*. ¿Que aquello era una interinidad? También lo es la vida y el padecer, y hasta los comités y hasta el mismo Cataculpa. Todo era interino, todo. Fuera del mismo fielato, sólo había tres cosas que estuviesen aseguradas en aquella torre de marfil del consumo indagatorio: un podenco, que mandase el que mandase, no se movía del castillo; la báscula de justicia, siempre á punto de no administrarla, y un joven afeitado que, fuese el partido que fuese el que tuviese el poder, pasaba allí todo el día en un rincón, encajolado en una silla y tocando una guitarra.

Lo demás era la tertulia, la *peña*, el centro, el círculo, que cambiaba con los tiempos, y se tornaba liberal ó antiliberal, según quién tenía el

mando. Cuando eran los de la *llama*, iban todas las cabezas tibias (cabezas calientes no había), y hablaban de reformarlo y de trastornarlo todo, querían enviar á buscar un protestante para que contrarrestase las creencias; querían poner cursal de francmasones con logia y con tres puntos . . . y con venerable, y hasta con *hermano terrible*; querían cambiar el santo patrón y poner uno de ideas más avanzadas; poner á la Plaza de San Juan, *Plaza de Volta...i...re*, y á la calle de San Isidro *calle del Himno de Riego*; mantener una maestra laica, para que cuidase á los niños y les *inculcase el progreso*, hoy, para mañana que saliese algún libre pensador; hacer un apartado en el cementerio para los que quisiesen morir á solas, y sobre todo, eso sobre todo: pedir que se hiciese una ley bien estrecha para que no se les quitase de la *casilla*, y que, mientras ellos estuviesen, el fielato fuese sagrado. Cuando entraban los *reposados* era otra cosa la conversación y las mejoras que querían. Querían que se pusiesen dos conventos bien espaciosos para poderse retirar aquellos que no quisiesen vivir en el tráfago y bullicio de aquel pueblo mundanal; que en medio de la plaza se pusiesen tres cruces de término; que el ser *Luis* fuese obligatorio; que se hubiese de ser *Hija de María*, bajo pena de tres pesetas de multa; que la campana tocase más oraciones y más horas, que no se tocase á nada del pasado, ni el polvo, ni las telarañas, ni á ellos del fielato, también sobre todo, el fielato,

aquel vulnerable fielato, el refugio *pecatorum* y el brasero y el faro de la política.

¡Y era tan bueno estar, para los de *mando*, en aquel rinconcito íntimo! ¡Se tomaba tan bien el sol y el polvo en aquel nidito de pajas! Era tan dulce, tan atractivo ver maniobrar al del pincho, y oírle preguntar con aquel cariño: *¿No va nada de pago, señores?* ¡y oír el cantar de los cuartos que iban cayendo en el cajón como el rumor de agua fresca, al compás de la guitarra de aquel mozo solitario! Había tanta poesía práctica en aquel techo de cañas, que la vida, y diez vidas, y veinte vidas largas las hubieran pasado ensoñadores, á la puerta del castillo, á no ser por aquel despertar de aquel cambio del *turno*.

Allí, sentados á la sombrita de aquellas ramas de pino, miraban pasar á los vasallos, ¡y los vasallos pasaban! los que pagan, los que no se quejan, los humildes, los pobres, y saludaban con bondadoso «Queden con Dios» á aquellos feudales de la barraca; y Dios no estaba allí, no estaba allí Dios nunca, y los que allí estaban eran los fariseos, que parecían ir diciendo: «Vamos entrando, rebaño; entrad, hijitos nuestros; entrad y tened cuidado con la salida. Lo que os conviene y nos conviene es que entréis, que entréis siempre, y que os dure años, que os dure siempre la Santa Paciencia.»

LOS TEMPLAOS

La pandilla de los «templaos» era una sociedad anónima, constituida sin estatutos, sin domicilio social, sin derechos y sin deberes, con el único y exclusivo objeto y fin de dar expansión á la comarca.

Era la pandilla de la broma.

Eran los compañeros bromistas, los del trueno, los del rayo de Dios, los *corridos*, los que protestaban de la morigeración sistemática, los que querían romper los moldes, los que querían romper loza, romper lo que pudiesen; romperlo todo, por vía y sistema de broma.

Era Presidente el Berro, y Secretario el Vianda.

El Berro había alcanzado el cargo por su gran fuerza de músculos, y el Vianda por la resistencia digeridora.

Bruto como el Berro, en el mal sentido de la palabra, no había otro en todo el llano; comedor